ideas fugitivas y confusas; pero el encanto de la ternura las excita muy dulces sobre lo pasado! Entretanto, Luis, cierto de que la Duquesa experimentaría un dolor agudo cuando supiese su infidelidad, trató de ocultar su nueva intríga. Madama de Montespan, que tenia que guardar ciertos respetos, y usar de precaucion, deseaba tambien que su debilidad fuese ignorada, al menos, durante algun tiempo: así se condugeron ambos con gran misterio, que fué impenetrable solo á la Duquesa.

En esta época falleció Felipe IV, padre de la Reina: Luis tuvo pretensiones á su herencia, principalmente sobre los Paises Bajos: se resolvió la guerra, y Luis anunció su marcha á Flándes, á la cabeza del ejército. ¡Qué trastorno causó á madama de la Valliere esta noticia! Todos los riesgos, todos los horrores de la guerra se ofrecian á su imaginacion; el Rey iba á exponerse á mil peligros y arrostrarlos!.... ¡Cómo habia de gustar un instante de reposo con tal pensamiento! ¡Cómo habia de desecharlo!.... La presencia misma del que amaba redoblaba su pena. No podia mirarle, sin que su corazon se partiera de dolor. Siempre penosamente enternecida, al verle, perseguida de las mas ne-

gras ideas cuando estaba sola, carecía aun del triste consuelo de quejarse, no por querer afectar un valor que no tenía; sino porque hay temores tan terribles, que quitan hasta la facultad de articularlos: se presentan al entendimiento como imágenes confusas que no se pueden separar, y, no obstante, se fija siempre en ellos el pensamiento involuntariamente; y por una supersticion, de que no se pueden fácilmente preservar los corazones sensibles, le parecía á la Duquesa crearía siniestros presagios, mostrando sus mortales inquietudes: en fin, quería dejar al Rey todo su valor, y pensaba debilitarlo, descubriendole su dolor. Mientras que ella se esforzaba por aparentar calma, madama de Montespan, á solas con el Rey, le pintaba enérgicamente sus temores y cuidados, se los detallaba y exageraba vívamente. Estos vehementes discursos, acompañados de torrentes de lágrimas, de frecuentes deliquios, inspiraban al Rey todo el reconocimiento propio de un amante que estaba apasionado: no obstante, le excitaba mas ternura y amor una sola mirada de madama de la Valliere, que todas estas violentas demostraciones. Se entiende tan bien este lenguage, cuando se ama, que ningun otro es

necesario; pero cuando se ha dejado de amar, el semblante, cuyos movimientos parecian tan expresivos; los ojos, donde se leían tantas cosas, nada dicen ya: es preciso preguntarlos con un vivo interés para comprenderlos: la indiferencia es todabia sensible á la belleza; pero no observa ya la expresion que forma todo su encanto. Madama de la Valliere estaba sumamente ocupada de su dolor, para notar la variacion del Rey: ella sí advertía que estaba distraído y preocupado; pero, lejos de alterarse, atribuía su frialdad y tristaza, á pesar de su amor á la gloria, al pesar que le causaba su separacion.

Luego que la estacion permitió, partió el Rey para Flándes. Este viage dejó á la Reina y á la Duquesa, en un estado verdaderamente digno de compasion; con la diferencia, que la primera recibia toda especie de consuelos; y la segunda, carecía de todo lo que podia dulcificar sus pesares: á la Reina hacia honor su afliccion, todos los corazones se interesaban en ella, y la estimacion pública disminuía su amargura. Tal es la felicidad de los sentimientos legítimos, que no nos privan de gozar, en medio de las penas mas amargas. Y

¿cómo se soportará el dolor, cuando es objeto de escándalo, que excíta solamente el desdén y la censura de los malos é hipócritas, y una humillante compasion de los virtuosos! La Duquesa recibia con frecuencia correos del Rey, y cartas de Lausun, que le escribia todos los pormenores relativos á su persona: le refería en una de ellas, que Luis, en la trinchera de Sila, exponiendose con la mayor temeridad, habia visto morir delante de sí un page; y que un soldado antiguo, tomándole del brazo groseramente, le dijo: „quitáos de aquí: ¿es este vuestro „puesto?" (1) Estos detalles, exaltando la admiracion de la Duquesa, llevaban sus temores al último término; y de su parte, la Reina, experimentaba los mismos alarmas.

Parece que las vivas inquietudes, y una profunda afliccion, originada por la misma causa, suspenden la rivalidad entre dos mugeres hechas para amarse: los corazones igualmente afligidos, se unen por una inclinacion natural; porque ellos solos pueden entenderse. No se aborrece á aquella que llora los males, que una misma gime: se vé con ternura, en su semblante,

(1) Memorias de Choisy.

la expresion y señal de lo que en sí mismo se siente, y se encuentra con placer su mirada melancólica!.... ¿Cómo se podrá resistir á la simpatía de la desgracia?....

La Duquesa iba con mas frecuencia al cuarto de la Reina: habia siempre amado á esta Princesa, sin inspirarle jamás la animosidad que debia una rival preferida: la Reina conocía la dulzura y generosidad de madama de la Valliere, tenia el derecho de quejarse; sin embargo, hacia una justicia á su carácter, que le rehusaban todas las mugeres de la Córte. Se observó con sorpresa, que despues de haber partido el Rey, la Reina daba mas favorable acogida á la Duquesa; y aun parecia haberse establecido entre ellas una suerte de inteligencia muy estraña. Si se hablaba de la guerra, ó del Rey, se miraban mútuamente con una expresion extraordinaria de interés y sensibilidad: parecia enternecerse ambas sobre el decaecimiento de su salud, que les causaban sus penas. Cuando la Reina recibia noticias del ejército, su primer movimiento era instruir de ellas á los amigos de madama de la Valliere, aunque S. M. no tuviese ninguna amistad con ellos. Esta conducta originó una infinidad de falsas conge-

turas: los cortesanos adivinan con maravillosa facilidad los artificios y designios de la ambicion; pero todos los generosos movimientos de una extraña sensibilidad, no son para ellos sino caprichos extraordinarios é inexplicables: ellos no han estudiado mas pasiones humanas que las que excita el orgullo; menos malos é injustos, que ciegos, desconocen los corazones sensibles, y los calumnian sin intencion.

Una mañana que la Duquesa esperaba noticias del ejército, sumamente consternada, observando que no llegaba correo, le avisaron, que la Reina estaba llena de inquietudes, y al momento se fué al castillo. Este era un paso extraordinario, porque ella jamás se presentaba por la mañana en el cuarto de la Reina; pero aquel dia experimentaba un deseo irresistible de verla. Su rango le proporcionaba las *grandes entradas* en la Córte, de que hasta entonces no se habia aprovechado: penetró, sin obstáculo, hasta la cámara de la Reina, donde no encontró á nadie; se dirigió silenciosamente y con timidéz, ácia el oratorio de la Reina, cuya puerta estaba abierta (1), y vió á esta Princesa so-

(1) En aquel tiempo todas las Reinas de Europa tenian oratorios en sus aposentos.

la, de rodillas, en disposicion que no podia ser vista de los de fuera. La Duquesa, profundamente movida, se detuvo, contemplando á la Reina con un sentimiento de envidia. Sin duda, se decía, por él implora al cielo: ¡qué feliz es! su virtud le dá el derecho de rogar con esperanza!.... La Reina oye suspirar, se vuelve, y, mirando á la Duquesa inundada en lágrimas, exclama con espanto: ¡Dios mio! ¿sabeis algo de nuevo? No, Señora, respondió la Duquesa con una voz cortada; mas inquieta, del mismo modo que toda la Córte, por la tardanza del correo, me he atrevido á venir.... En la situacion que me hallo, contextó la Reina, solo veo con placer las personas que se interesan vívamente en los peligros á que el Rey se expone.... Pronunció S. M. estas palabras con todo el encanto que la dulzura, la indulgencia y la bondad, pueden dar á la virtud. Madama de la Valliere, en este momento, habria sido capaz de sacrificarle su amor: seducida por un movimiento tan tierno como irreflexivo, se puso de rodillas, y, tomando una de sus manos á la Reina, la puso sobre su corazon, apretándola fuertemente: la Reina, enternecida, la levantó y abrazó. La Duquesa, deshecha en lágrimas

solo decía: ¡ah, Señora, disponed de mi triste existencia! Ella, sin duda, pensaba en proseguir una virtuosa vida, y formar en aquel instante su propósito, cuando la Reina oyó ruido en su cámara.... En la sociedad se hallan tantas conveniencias y caprichos, opuestos á la bondad comunmente, que la Reina hubiera experimentado una mortal turbacion, si la hubiesen sorprendido con madama de la Valliere, y ambas enternecidas: así, pues, se dió prisa á dejarla; y la Duquesa, no atreviéndose á seguirla, quedó sola en el oratorio. Ella miraba con una suerte de espanto este asílo secreto de la piedad, y el lugar que la Reina acababa de ocupar: aquel cojin de terciopelo, todavia hendido, sobre el cual, al pie de un Crucifijo, ésta virtuosa Princesa acababa de rogar con tanto fervor por un esposo infiel!.... Sin embargo, el embarazo de la Duquesa creció extremadamente, notando, que la cámara de la Reina se llenaba succesivamente de todas las Señoras de la córte; se arrepentia de no haberla seguido; porque no podia salir del oratorio, sin causar un espanto prodigioso: á mas de esto, habia comprendido, por qué la Reina se habia separado de ella tan bruscamente: ella se abochorna de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

su bondad para conmigo, se decía la Duquesa: ¡ay de mí! yo soy, en efecto, tan culpable, que, hasta la indulgencia que se me concede, debe ser misteriosa, temiendo perder la dignidad, y ser acusada de débil por mostrarla!....

Al paso que hacía estas dolorosas reflexiones, oia un gran movimiento en la cámara de la Reina, y que se anunciaba un correo del ejército: entonces, su delicado manejo, el temor de promover una escena, todo se echó en olvido: fuera de sí misma se arrojó á la cámara en el momento que la Reina, despues de haber leído rápidamente un billete, exclamó: La Flándes está conquistada; todo acabado; el Rey vuelve cubierto de gloria.... A estas palabras, todas las Señoras manifiestan su júbilo por gestos, exclamaciones y aun lágrimas: la Reina, trasportada, abraza á todas, exceptuando una solamente!.... Recorre el círculo, pasa delante de la Duquesa con un aire severo, y aun sin honrarla con una mirada! El Rey volvia; habia cesado su inquietud, y ya no veía en la Duquesa sino una rival.... Ella le habia permitido participar de su dolor; pero el gozo de una rival, solo es una ofensa: es fácil dolerse con ella; mas no regocijarse. Todos pusieron los ojos

en la Duquesa, sin poder combinar, cómo se hallaba allí impensadamente, y salía del oratorio de la Reina, donde solamente tenian derecho para entrar las favoritas. La manera en que la Reina la trataba, hacia mas extraño aquel accidente: la miraban con una malévola curiosidad, que en cualquiera otra ocasion la habría atormentado cruelísimamente; pero un solo pensamiento la ocupaba: ella se repetía *¡el Rey viene victorioso!* Esta idea la ponia fuera de los alcances del ódio, y la hacía superior á la malignidad de la envidia, de los ultrages, y, en fin, de todo. ¡Qué no se arrostra, cuando se pasa súbitamente de un opresivo dolor al colmo de la felicidad: cuando el corazon y el amor propio se satisfacen á un mismo tiempo; y cuando todos los votos mas ardientes que se han formado, repentinamente se ven cumplidos! Madama de la Valliere estaba inquietísima por volver á su casa, cierta de hallar allí carta del Rey; por lo que, pasados pocos minutos, corrió al palacio de Birón: para ir á él, era necesario atravesar todos los pátios del castillo, y una parte de la fachada principal. El pueblo, instruido ya de las felices nuevas, se entregaba á todos los transportes de un inmoderado júbilo;

en todos los pátios resonaban repetidos gritos de: *¡Viva el Rey!* estos penetraban hasta el fondo del corazon de la Duquesa. ¡Oh, cuán justo le parecía, y qué fundado, este entusiasmo general! ¡Cuán amable era, á sus ojos, este pueblo impetuoso en todos sus sentimientos! ¡Con qué delicia se embriagaba el amor, con la gloria de un objeto adorado!

Al volver á su casa, halló en efecto la Duquesa un billete de Luis, en que le decía: mandaba á la Reina que fuese hasta Amiens, donde se hallaba; invitandola para que hiciese el mismo viage. El billete era corto; pero todo causa contento cuando uno es felíz, y la Duquesa estaba perfectamente satisfecha de él. Mandó luego llamar á madama de Montespan, quien dilató en venir, y no hizo larga su visita: estaba con extremo agitada y preocupada, y dió por razon, la contrariedad que experimentaba, segun decía, de tener que seguir á la Reina hasta Amiens. El dia siguiente, á la madrugada, debian partir. Madama de la Valliere no se ocupó mas, que de los preparativos del viage; y aunque ella no era de la comitiva de la Reina, partió la mañana siguiente, al mismo tiempo que esta Princesa. Por respeto, y por de-

coro, ella no se habia atrevido á adelantar, y su coche iba confundido con los de la comitiva. Este viage fué un encanto para madama de la Valliere: se representaba la entrevista que iba á tener con el Rey, como el momento mas agradable y mas bello de su vida: ella le volvia á ver, desembarazado de la preocupacion de la guerra, apasionado, felíz, todo para ella; últimamente, gozando por ella de sus sucesos y su gloria: cada uno de sus pensamientos le causaba una emocion y unos latidos del corazon, que jamás habia experimentado. ¡Cuán pródiga fué con todos los mendígos que encontró durante el camino! Todos ellos gritaban: *¡Viva el Rey! ¡Viva nuestro bien, nuestro gran Rey!* ¡Cuánta ternura excitaban en su alma estos gritos de la miseria! Los oía, y les daba con reconocimiento. A pesar de sus males, ellos bendecian á su Soberano. La Duquesa, vertiendo dulces lágrimas, les decía: amigos mios, amadle siempre y rogad por él: él vela sobre vosotros, sufre vuestras penas, y hallará modo de remediarlas. Hablando de esta manera, les distribuía el oro pródigamente. Se unía en esta vez á la viva ternura que tenía la Duquesa por el Rey, una exaltacion de imaginativa,

que bastaba para formar lo que se llama comunmente una pasion violenta. Esta embriaguez se entretuvo, durante el camino, por las aclamaciones del pueblo que encontraba. ¡Qué harmonía mas encantadora, que la que forma la reunion de tantas voces, celebrando con brillantéz un objeto que se ama apasionadamente! ¡Qué filantropía se encuentra! ¡Qué buenos, qué sensibles nos parecen todos aquellos que experimentan tal delirio! ¡Qué admiracion causa, en semejante caso, que haya quien piense tan negramente de la especie humana! ¡Cómo embriaga el poder decir: *El objeto de todos esos homenages, ese héroe, ese Soberano adorado, á mí sola me ama! Yo solamente puedo unir su felicidad á tanta grandeza y tanta gloria! Sus pueblos bendiciéndole, la Europa entera admirándole, solo formarán su fama; pero él no puede ser felíz sino por mí!* Estas ideas y esta embriaguez destruyeron, durante el viage, los sentimientos, el arrepentimiento y los remordimientos que hasta entonces habian mezclado tanta amargura á este amor tan tierno y tan constante. Despues de tantos alarmas, un gusto tan repentino ocupaba enteramente el alma de la Duquesa! Ella desterraba de sí los dolorosos re-

cuerdos, y todo otro sentimiento; se creía justificada por la gloria de su amante; gozaba no solamente de la que acababa de adquirir, sino tambien de todo lo grande que él debia hacer en adelante; su corazon le daba anticipadamente el título glorioso que recibió (1); el amor, sobre un solo punto, le descubria lo por venir. ¿Puede dejarse de preveer lo que honra su objeto? Ah! solo á él toca predecir los sucesos y triunfos!

Ya se acercaban á Amiens, estando solo á distancia de tres leguas, cuando, en la altura de una montaña, descubrió la Duquesa una partida del Ejército.... A vista de ella, la prudencia y la razon la abandonaron, y olvidó todas las consideraciones humanas; ella no estaba ya capáz sino de hacer un solo cálculo, y es, que dejando el camino real, y tomando uno menos frecuentado, verá al Rey algunos minutos antes que los demás (2). Al momento ordena á sus cocheros que lo ejecuten; en vano le representan que es cuasi impracticable: es

---

(1) A la vuelta de la conquista de Flándes, recibió Luis XIV el título de: Luis el Grande. — *El Traductor.*

(2) Memorias de Montpensier.

muy bueno, responde, pues es el mas corto..... En fin, variaron el camino, á pesar de que era horroroso. Aunque la Duquesa era naturalmente muy tímida, en este momento nada la intimidaba; no consideraba el peligro de voltearse el coche, sino en la desgracia de la tardanza: ningun otro riesgo existía en su pensamiento. El amor dá á la vez la confianza y la intrepidéz: cuando uno se expone por él, se cuenta de tal modo con su estrella, que todos los riesgos desaparecen.

A pesar de los surcos, piedras y hoyos profundos, la Duquesa esforzaba fuertemente á los cocheros á que avanzasen con rapidéz: ya quedaba poco camino; pero para ella era inmenso, pues la separaba de Luis! Con la mas violenta agitacion, sacando la cabeza fuera de la puerta, y el rostro bañado en lágrimas, ella dirigia sus ansiosos ojos á lo lejos, aunque la llanura del terreno y gran cantidad de árboles no le permitian distinguir las tropas; pero sabía que se acercaba, y cada paso aumentaba su agitacion y el ardor de su impaciencia. Nosotros vamos á verle, exclamaba: oh! ¡cuál será su alegría! ¡cuál mi felicidad! En medio de estas ideas deliciosas, de repente caen en una grande ho-

ya, se volteó la berlina, y se quebró un cristal, recibiendo madama de la Valliere dos heridas bastante profundas, una en la barba, y otra en el brazo derecho, que con el choque de la caída se habia tambien lastimado. En el momento mismo de este accidente, su primer movimiento fué gritar á los criados, que levantáran prontamente el carruage: obedecieron, y continuaron la marcha. La Duquesa sufría grandes dolores del brazo, que se habia hinchado excesivamente, á pesar de que lo llevaba colgado de un pañuelo; pero se repetía las siguientes palabras: *El conocerá el riesgo que he corrido por anticiparme su vista!....* Sin embargo, para no causarle susto, enjugó cuidadosamente la sangre de sus heridas. En este instante, echando los ojos sobre la campaña, un grito penetrante salió de lo mas íntimo de su corazon: ella veía las tropas, y distinguia ya al Rey!.... Este Príncipe, que conoció la berlina y libréas de madama de la Valliere, partió de galope ácia la Duquesa desatinada; se acerca á la puerta del coche, diciéndole: ¿Pues qué, primero que la Reina? Estas fueron sus primeras palabras: palabras que reprobaban su empeño imprudente, sin duda; pero muy tierno!....

¿Un reproche severo á tanto amor!.... La Duquesa, herida como de un golpe de rayo, quedó inmóvil, helada, humillada, guardando un profundo silencio: ¿qué habia de decir para justificarse, cuando él la condena? Sin embargo, dirigiéndole la vista, percibe que trahe un brazo pendiente del pañuelo, se conmueve, la pregunta la causa; la Duquesa no estaba capáz de responder, y sus criados le explican lo que acababa de suceder. Ah! exclamó entonces el Rey: cuando yo estaba enfadado de veros venir por ese camino, era un presentimiento de la pena que experimento! Esta frase reanimó un poco á la Duquesa; pero no la consoló: hay ocasiones en que nada repara una palabra dura, escapada en un primer movimiento: la perdona fácilmente quien ama; pero no la olvida jamás: un corazon, profundamente herido, nunca se cura; porque la ternura y la dulzura preservan del resentimiento; pero no del sufrimiento. El Rey se mostró muy sensible; pero ya no era tiempo: todas las quimeras de felicidad acababan de desvanecerse; una cara ilusion se habia, en fin, disipado! La conversacion fué corta, por estar el Rey precisado á continuar su camino para encontrar á la Reina; no obstante, dijo á la Duquesa, que para procurarle algunas horas de descanso, él dormiría en Amiens. Al oir la Duquesa la palabra descanso, no pudo la infelíz contener un profundo suspiro; mas el Rey no lo oyó, y la dejó. Ella se sentía medio desmayada, no obstante le seguia siempre con los ojos; pero él no volvió una sola vez la cabeza!.... Muy luego una nube de polvo lo oculta á su vista; entonces, cuasi sin sentidos, cayó oprimida enmedio de su coche: se asusta de hallarse sola, entregada á sí misma; en vano quiere ahorrar crueles reflexiones; un pensamiento dominante y terrible oprime su corazon y ocupa su imaginacion; una voz fúnebre grita en lo interior de su corazon herido: *él no me ama ya!...* Los recuerdos vivos y rápidos, semejantes á la luz del relámpago pavoroso, le hacen entrever la horrorosa verdad, y acordarse de cuantas advertencias ha despreciado. Los sentimientos mas amargos se unieron á su dolor, de tal manera, que le impedian hasta el desahogo de las lágrimas; porque las secaba la indignacion. Su brazo la hacia padecer mucho, y este dolor físico producía uno moral, mil veces mas sensible, al que atribuía la causa y el resultado. Apenas llegó la Duquesa á Amiens, cuando el

Rey, seguido de un cirujano, entró en su cuarto: ella no vió en este paso sino un esmero, propio de la humanidad y la compasion. Mientras el facultativo examinaba la herida, llegó madama de Montespan; la Duquesa se sobresalta, y, en el momento, mira al Rey, quien manifestó un aire confuso. Madama de Montespan corrió á abrazar á la Duquesa, á quien tocó ligeramente el brazo; ésta la repelió, diciéndole: ay! *retiraos, que me haceis mal!* Madama de Montespan, que de nada se turbaba, manifestó entender estas expresiones del modo mas sencillo; pero no quiso tomar asiento, porque dijo, tenía que volver al instante á la compañía de la Reyna, y salió. Ocho minutos despues se despidió Luis de madama de la Valliere, informado ya por el cirujano, que el brazo de la Duquesa no estaba ni dislocado ni quebrado.

Una sola sospecha basta comunmente para disipar un largo error; se abren los ojos, se mira, y se le vé. La inteligencia del Rey, y madama de Montespan, le pareció tan clara á la Duquesa, sobre todo, recordando tantos rasgos que la confirmaban, que ya solo se admiró de su pasada ceguedad; sin embargo, su corazon combatía la conviccion de su entendimiento; ella se

repetía: *yo no tengo pruebas ciertas.* Ella no estaba por eso menos convencida de su desgracia; pero sentia algun consuelo en poder decirse esta frase (1). Sus criadas la desnudaron para meterla en cama; estaba tan agoviada del cuerpo y del espíritu, que no podia moverse ni sostenerse, y así se dejaba sin ayudarlas ni hacerles resistencia. Le presentaron un espejo, y dirigiendo á él sus ojos, se sobresalta al ver el cambio de su semblante: al momento recuerda la brillante figura de madama de Montespan, se compara á su rival, y un sentimiento humillante llena su corazon de amargura. A pesar de sus extravíos, habia en su alma tal fondo de pureza, que jamás habia pensado que los encantos de su figura fuesen un medio de atraer al Rey; pero en aquel instante, aunque se avergonzase de ello, deseaba la hermosura: ella encontraba mayor la pérdida de lo que era efectívamente; tenía las mismas gracias, unos ojos incomparables, y una fisonomía celestial; pero teniendo tanta sensibilidad, ¿cómo podia conservar el vivo frescor de la juventud!

---

(1) ¡O rareza del amor, que aun las ficciones se desean, y se procura darles el aspecto de verdad!

A pesar de su fatiga y descaecimiento, no pudo en toda la noche gustar un momento de sueño: no obstante, á la mañana siguiente su brazo estaba cuasi bueno, y partió al mismo tiempo que la Reina. ¡Cuánto sufrió en este camino, que acababa de pasar en una situacion muy diferente! Todo lo que habia causado su alegría y sus transportes, le causaba ahora las mas dolorosas sensaciones, que la sumergian en un horrible abatimiento. Aunque amase al Rey con mas pasion que nunca, ella experimentaba un sentimiento indefinible y penoso, al oír al pueblo celebrar sus hazañas: entonces debió conocer, cuán egoista es el amor mas tierno. Aquellos gritos patrióticos no podian ya lisongearla, embriagar su amor propio, ni producir sino un triste movimiento, parecido á la embidia. Lo que hay mas horroroso, despues de la inconstancia de un amante, es perder, antes del rompimiento, toda ilusion sobre sus propios sentimientos; y no poder ya deificar este afecto, al cual todo se ha sacrificado, y que se creía tan desinteresado, tan poco comun, tan generoso. Entonces, examinándolo, ¡cuántas pequeñeces, cuántas personalidades se descubren! ¡Cómo se reprende su debilidad, tratándola de imprudente

y culpable! ¡No hay consuelos, no hay excusa! ¡Ah! Para ser buen juez de sí mismo, es necesario dejar de ser amado. Esta fatal desgracia nos quita siempre algo de nuestra propia estimacion, y destruye todos los prestigios, todos los encantos del amor.

Llegaron tarde á Versalles: la Duquesa á nadie vió, y se encerró en su casa. Madama de Montespan refirió al Rey, que la Reina estaba excesivamente ofendida de que madama de la Valliere hubiese querido verle antes que ella; aunque no dejó de exagerar el resentimiento de la Reina, y sí procuró pintar con los mas vivos colores la indignacion de toda la Córte. Ella sostuvo, que la frialdad natural de la Duquesa (así llamaba su modestia) haciéndola incapáz de entusiasmo, no habia podido ejecutar tal accion, sino por insultar á la Reina. Madama, y la Señorita de Montpensier, enemigas personales de la Duquesa, aprovecharon tal ocasion para declamar contra ella; agregaron que la Reina, en el momento de ver salir su carruage del camino real, tuvo impulsos de mandarlo detener por sus guardias (1); y que

(1) Memorias de la Señorita de Montpensier.

al mismo tiempo habia dicho, que conocía claramente, por la insolencia actual de madama de la Valliere, que toda la humildad manifestada, durante la ausencia del Rey, no habia sido sino obra de la bajeza y la falsedad. Aunque todas las damas que iban en la carroza de la Reina no habian perdonado nada de cuanto podia irritarla contra la Duquesa, esta Princesa no habia dicho semejantes expresiones; mas este discurso fué tan repetido y tan aprobado, que la Reina, acaso lisongeandose de que se le atribuyera, no tuvo la franqueza de desmentirlo; con lo que necesariamente se veía obligada á tratar á la Duquesa con mas sequedad que antes. Esto era lo que se deseaba, esto lo que se esperaba....

La mañana siguiente no pudo la Duquesa escusarse de recibir muchas personas, que vinieron únicamente á instruirla de estos pormenores. Benserade, que le profesaba una sincéra amistad, y que siempre se habia conducido lealmente con ella, no se habia atrevido, sin embargo, á advertirle la traicion de madama de Montespan; pero no le ocultó la perfidia con que ella habia tratado en esta ocasion de irritar el ánimo de la Reina y el Rey: madama

de la Valliere suspiró, devoró sus lágrimas, y no respondió cosa alguna: su corazon estaba muy lastimado para descubrirse.

A poco vino el Rey; la Duquesa se pone pálida al encontrarse sola con él, temerosa de una explicacion: en efecto, no podia hallar en ella mas que la completa confirmacion de su desgracia! El Rey estuvo frio y turbado: rompió la conversacion anunciando hallarse cargado de negocios, que solo le permitían demorarse un instante; y luego dijo á la Duquesa: que con ocasion de su vuelta, y la conquista de Flándes, se presentaría aquella noche toda la córte en el cuarto de la Reina, adonde deseaba verla. Madama de la Valliere hizo una señal de obedecimiento, bajó sus ojos llenos de lágrimas, y guardó silencio. Conoció que el Rey exigia este paso respetuoso como una especie de reparacion del agravio, que se le imputaba, hecho á la Reina. Continuó el Rey hablando de otras cosas, y, repentinamente, sacando su muestra, salió con precipitacion: la Duquesa quedó en un estado de abatimiento, semejante á la estupidéz; en fin, á la noche se presentó en la cámara de la Reina. Todos los pátios estaban iluminados, un inmenso pueblo los ocupaba; to-

do anunciaba felicidad, gozo; y esta misma alegría pública parecía agravar los males de la infortunada Duquesa. La Reina la recibió con la mas seca gravedad; todas las Señoras le manifestaron un aire de ceremonia; porque en tales lugares no se ejecutan escenas, y la malevolencia y el desdén, solo se muestran por medio de una politica afectada, séria y gracial. La Duquesa, penetrada de dolor, débil y aun enferma, no experimentaba toda la confusion que deseaban causarle; porque su estado no permitía reflexionar, ni observar; pero sí sentia cierta indisposicion y un desaliento, que le infundian los mas vivos deseos de substraherse á tan penosa violencia. Estaban todos de pie; y la Reina, despues de haber recorrido el círculo, se apoyó en la cornisa de una chimenéa, y esperaba al Rey para comenzar las partidas de juego, platicando con madama Henriqueta, la Princesa Palatina, madama de Soubise y madama de Montespan. La Duquesa se hallaba al extremo opuesto del salon, y como las señoras que allí se habian reunido, hablaban entre ellas con viveza, no le dirigian una sola palabra, ni aun manifestaban haberla observado; ella se habia separado dos ó tres pasos del corrillo mas inmediato, y no pu-

diendo cuasi sostenerse, pálida, inmóbil, los ojos tristemente fijos á la puerta, por la cual debia entrar el Rey, esperaba con encogimiento que apareciese en la cámara, decidida á irse en el momento. Repentinamente madama de Montespan deja el grupo que cercaba á la Reina, atraviesa el salon con un aire triunfante, y se acerca á la Duquesa; le habló de un modo interesante, como compadecida de su aislamiento y confusion. Esta afectada bondad, sacó á madama de la Valliere de su distraccion; mas no pudiendo soportar la proteccion de madama de Montespan, la recibió con la mas notable sequedad. Madama de Montespan, sin darse por entendida, la dijo, sin embargo, tres ó cuatro expresiones en un tono indiferente y ligero, y en seguida se separó. Un minuto despues se abrió la puerta, y el Rey se presentó: echó la vista sobre aquella reunion, y con una ojeada penetró cuanto pasaba y lo que habia precedido: vió á madama de la Valliere mal acogida, desamparada, aislada, humillada, hallándose en la concurrencia solo por obedecerle!.... En este momento, su equidad natural, su grandeza de alma y su arrogancia, ocuparon el lugar del amor, que ya no le tenia; y acercándose á ella, le ha-

bló con una expresion que confundió á los observadores. La primera persona que nombró Luis para su partida de oca (1), fué á la Duquesa; y notando que estaba medio trémula, y tendría incomodidad en atravesar el salon, hizo poner la mesa en el lugar que ocupaba, y comenzó la partida. No llamó á madama de Montespan, ni la miró una sola vez en toda la noche, é hizo sentar á la Duquesa á su lado, ocupándose de ella solamente: halló modo de decirle, de mil maneras, las cosas mas tiernas y mas lisongeras, con aquella delicadeza y gracia que era propia solo de él: ella, no obstante, no vió en esta conducta sino la generosidad que le conocia; pero su corazon luego se engañó, y empezó á recuperar, por grados, la esperanza de toda su felicidad. ¡Fácilmente se apodera de nosotros un error cuando se quiere! y ella habia siempre confundido en su alma la pasion y la fiel amistad, con lo que volviendo á encontrar la ternura en las miradas del Rey, creía encontraba tambien el amor. Al acabarse el juego vinieron á participar al Rey, que en los pátios de

(1) Juego francés, de suerte, que ellos llaman Hocca.

Versalles, el pueblo se habia entregado a un entusiasmo tan extravagante, que para hacer fogatas de regocijo, estaban quemando las sillas de manos de las damas; y que en el pátio de los príncipes echaban al fuego los artesonados y entarimados que se destinaban para la gran galería. S. M. se echó á reír: dejad que hagan lo que quieran, respondió, harémos otros; no quiero turbarles su alegría (1). Esta respuesta hizo correr las lágrimas á la Duquesa: la admiracion le restituyó toda su confianza; se le figuró que era imposible que quien mostraba un reconocimiento y una bondad tan tierna, aquel que parecia tan sensible á la dulzura de ser amado, pudiese ser ingrato con ella.

Luego que el juego se acabó, se levantó el Rey, y todos quedaron de pie medio cuarto de hora: madama de Montespan y los enemigos de la Duquesa, dejaban ver en sus semblantes una expresion patente de confusion y descontento; la demás concurrencia, de uno y otro séxo, rodeó á madama de la Valliere, quien jamás mostró mas sencilléz, agrado y modestia. La Reina, á quien el Rey acababa de hablar en voz muy

(1) Memorias de Choisy.